



**Vida campesina y crisis civilizatoria en el altiplano norte antioqueño: el caso de Ovejas en
San Pedro de los Milagros**

Juan Esteban Castañeda Rodríguez

Trabajo de grado presentado para optar al título de Sociólogo

Asesor

Gilberto Díaz Aldana, Magíster (MSc) en Estética

Universidad de Antioquia
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Sociología
Medellín, Antioquia, Colombia
2022

Cita

(Castañeda Rodríguez, 2022)

Referencia

Castañeda Rodríguez, J. E. (2022). *Vida campesina y crisis civilizatoria en el altiplano norte antioqueño: el caso de Ovejas en San Pedro de los Milagros*. [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

Estilo APA 7 (2020)



CRAI María Teresa Uribe (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas)

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

Rector: John Jairo Arboleda Céspedes

Decano/Director: Alba Nelly Gómez García

Jefe departamento: Mario Alberto Giraldo Ramírez

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Tabla de contenido

Lista de figuras	4
Resumen	5
Introducción	7
1 Objetivos	14
1.1 Objetivo general	14
1.2 Objetivos específicos.....	14
2 Metodología	15
3 Estado del arte	16
3.1 La crisis civilizatoria	16
4 Marco conceptual	23
5 Análisis.....	33
5.1 Figuración social y habitus de la cultura campesina en Ovejas	33
5.2 Historia y dinámica de poblamiento del territorio	34
5.3 Socialización y vida campesina.....	39
5.4 Formación cultural y crisis civilizatoria.....	44
6 Conclusiones	49
7 Referencias	50

Lista de figuras

figura 1 Partición de la Comunidad de Ovejas. Distrito de San Pedro	37
--	----

Resumen

Esta investigación parte de comprender el proceso de socialización en la vida cotidiana como un proceso recíproco de formación-educación de los individuos, donde la cultura tiene mucho que ver con el sentido político y organizativo de los individuos que forman parte de una comunidad. Siguiendo un enfoque figuracional se explica el aspecto teórico concerniente al desarrollo civilizatorio, teniendo en cuenta la figuración social (aspecto sociogenético) y el habitus (aspecto psicogenético), como base para abordar la realidad social, donde lo histórico-social y lo individual son dos perspectivas que no se entienden por separado. En la vida cotidiana los diferentes momentos de socialización, de interacción social (como la familia, el trabajo, los medios de comunicación y la religión), forman parte constitutiva de la educación de los individuos, en este caso específico de las comunidades campesinas del norte antioqueño. La manera en que la sociedad moderna se ha desarrollado, en sus aspectos generales y específicos, especialmente en la época industrial, ha devenido en un proceso civilizatorio y des-civilizatorio en el que la sociedad se encuentra en un punto de ruptura con la naturaleza, donde la explicación de estas múltiples crisis de la civilización parte del modelo de educación en la cultura moderna, pero la solución a la crisis civilizatoria es también la resignificación de la educación de las personas.

Palabras clave: modernidad, cultura, vida campesina, crisis civilizatoria, investigación

Abstract

This research starts from understanding the socialization process in everyday life as a reciprocal process of formation-education of individuals, where culture has much to do with the political and organizational sense of the individuals who are part of a community. Following a figurational approach, the theoretical aspect concerning civilizational development is explained, considering the social figuration (sociogenetic aspect) and the habitus (psychogenetic aspect), as a basis for addressing social reality, where the historical-social and the individual are two perspectives that are not understood separately. In daily life, the different moments of socialization, of social interaction (such as family, work, the media and religion), are a constitutive part of the education of individuals, in this specific case of the rural communities of the North antioquian. The way in which modern society has developed, in its general and specific aspects, especially in the industrial era, has become a civilizing and de-civilizing process in which society is at a breaking point with nature, where the explanation of these multiple crises of civilization starts from the model of education in modern culture, but the solution to the crisis of civilization is also the resignification of the education of people.

Keywords: modernity, culture, peasant life, crisis of civilization, research

Introducción

El desarrollo de la civilización moderna ha devenido en una organización representada por la idea del *sistema-mundo* que se explica a partir de la estructura de relaciones de dominio en el entorno de la economía-mundo capitalista. Es una civilización producto de un sistema económico que busca prolongarse en el tiempo y el espacio bajo la lógica del mercado y la industrialización (Wallerstein, 2011). Por ello es necesario tener en cuenta el contexto latinoamericano y el desarrollo sociocultural de las naciones-regiones dentro del proceso de constitución del sistema mundo capitalista, esencialmente durante el trasegar de los últimos 500 años: 1) es en la época colonial (siglo XVI) cuando se da la inserción del continente americano al sistema-mundo, en esta época también se destaca la influencia en el ámbito cultural del meta-relato cristiano; 2) el sistema mundo se concreta con hechos sucedidos en Europa, como lo fue la época de la ilustración, la revolución industrial y la revolución francesa, entre el siglo XVIII y el siglo XIX; esto va influenciar las relaciones del mundo global, contribuyendo así en el periodo nacional; 3) en el siglo XX, en el periodo postnacional, se da la inserción de las potencias mundiales, y se afirma el sistema mundo con el fenómeno de la revolución de las comunicaciones (Erazo Pantoja, 2015).

El sistema-mundo que se configura desde la colonialidad instauró en los pueblos latinoamericanos una serie de relaciones de dominio, donde la tendencia fue la discriminación hacia el otro, configurando una estructura de relaciones sociales bajo una forma jerarquizada y desigual, que se encuentra ligada a las relaciones de la modernidad (Grosfoguel, 2016); aún más, “el principio de complejidad radica en una jerarquía de dominación, recíprocas entre sí o como lo llama Aníbal Pinto: heterogeneidad histórico estructural” (Anibal Pinto, citado por Grosfoguel, 2016, pp.158-159). Junto a esto, la jerarquía de dominio en las relaciones sociales comienza a ser parte de un proyecto capitalista dominante, emergente y proyectado desde Europa, y se caracteriza por la autoridad de la razón, producto de las ideas de la ilustración que, sustentada en el desarrollo del progreso científico-técnico de la sociedad moderna, busca generar una optimización en el proceso de acumulación y producción de capital, bajo la lógica del sistema moderno-industrial (Fuentes González, 2017).

La civilización moderna que se ha formado durante los últimos 500 años, “el sistema-mundo capitalista/patriarcal occidental céntrico/cristiano céntrico moderno/colonial” (Grosfoguel, 2016, p.165), ha comenzado en una crisis y ha entrado en un caos sistémico desde finales del siglo XX, generando por demás una incertidumbre en los procesos llevados económica, social y políticamente a nivel global (Grosfoguel, 2016). En el mundo globalizado se hace evidente un aumento en la desigualdad y la sobreexplotación, por esa estructura jerarquizada del sistema capitalista cuya lógica agudiza la brecha de la relación de la sociedad frente a la naturaleza, como ha sido el caso de este mundo industrializado en los últimos 50 años, generando múltiples crisis cuyas consecuencias nos llevan al colapso social y ecológico (Estermann, 2012). Por eso este modo de producción repercute de manera drástica en la sociedad, en tanto la cultura se separa de la naturaleza y entra en conflicto con ella, como en ninguna otra época en la historia de la humanidad. Y de continuar esta lógica del proyecto capitalista la desigualdad seguirá siendo la tendencia, es decir una cultura industrializada representada en la mercantilización y sobreexplotación del ser humano sobre sí mismo y de este sobre la naturaleza (Estermann, 2012).

La complejidad y contradicción de este sistema capitalista en crisis se deriva en la sobreexplotación y destrucción del planeta, evidenciado de tal manera que

Los últimos 40 años de actividad humana bastaron para acabar con la mitad de la fauna silvestre de todo el planeta, de acuerdo con la última edición del Living Planet Index del World Wide Fundation (WWF), pues el 60% de los mamíferos, aves, peces y reptiles desaparecieron entre 1970 y 2014 (Forbes, 2018, párr. 1).

En esta época de industria y globalización cada vez es más aguda la contradicción *cultura-naturaleza*, cuyas consecuencias ya comienzan a verse más generalizadas, como lo es el derretimiento de los polos, la deforestación de los bosques, la contaminación del aire y las fuentes hídricas, la desertificación de los suelos, los climas cada vez más extremos, incendios e inundaciones, etc. Esta crisis social y ecológica compromete la existencia de las condiciones ecosistémicas de la naturaleza, indispensables para la vida social. Todo lo cual se explica a partir de esa idea generalizada en el capitalismo de convertir la naturaleza en una simple mercancía.

La crisis económica y la crisis ecológica resultan del mismo fenómeno: un sistema que transforma todo -tierra, el agua, el aire que respiramos, los seres humanos- en mercancía, y no reconoce otro criterio que no sea la expansión de los negocios y la acumulación de ganancias. Las dos crisis son aspectos interconectados de una crisis más general, la crisis de la civilización capitalista industrial moderna. (Löwy, 2018, p. 60)

Así, la crisis social y ambiental que enfrenta hoy el mundo es la crisis de la modernidad, es decir, una ruptura de carácter global-sistémica de la relación sociedad-naturaleza a partir de la imposición de un pensamiento que impulsa el desarrollo de un sistema moderno, mercantil e industrializado (Fuentes González, 2017); en palabras más precisas se plantea que “la crisis ecológica es síntoma de una crisis de la modernidad, y se produce por el **desconocimiento del conocimiento¹**” (Fuentes González, 2017, p. 27).

La cultura moderna-capitalista se caracteriza por orientar un modo de vida social enfocado hacia el consumo de mercancías, de hacer de ésta un objeto dinámico en nuestra cultura, en la vida cotidiana. En este sentido, un caso concreto es lo que sucede en la cultura campesina, donde tradicionalmente esta se caracterizaba por el respeto y buen trato hacia la naturaleza, de producir alimentos para satisfacer sus necesidades básicas, sin pensar en producir para generar ganancia monetaria. Lo cual ha ido cambiando con la modernización de los territorios a través de los procesos técnicos e industriales transformando los conocimientos y saberes de la gente. Que como se verá más adelante, determinará los puntos positivos y negativos del proceso técnico en la civilización y la cultura.

Entonces la lógica del mercado y la industrialización ha tomado la naturaleza como una simple mercancía, convirtiéndola en víctima de una sociedad cuyo modo de producir y reproducir las relaciones sociales proyecta un conocimiento y una práctica sobre las personas donde no se tolera ni se es capaz de comprender la verdadera importancia de mantener el equilibrio del entorno natural ecosistémico. Esto sucede a razón de que las relaciones de poder privilegian el paradigma de la economía, donde se erige un sistema en el cual todo gira en torno hacia la producción de mercancías y la obtención de ganancias monetarias (Fuentes González, 2017).

¹ Negrilla propia.

Este proyecto civilizatorio industrial busca, a través de la economía, organizar y gestionar a la sociedad humana y al medio ambiente. Pero este se sustenta en varios elementos, como el desarrollo, el colonialismo, la modernidad, la ciencia, el patriarcado y el ego. Este proyecto es la materialización del plan de sociedad occidental de la Ilustración. (Fuentes González, 2017, p. 139)

Esta posición desigual en las relaciones de poder y de saber, forjan el carácter racional propio del sistema capitalista, que es precisamente una irracionalidad frente al mundo que no concibe ni identifica la realidad de los problemas presentes en la vida cotidiana, pues se naturaliza un modo de vida, un modo de ser individuo-social, donde se ha normalizado la destrucción de la naturaleza, como parte constitutiva del progreso de la sociedad; todo lo cual ha desencadenado una serie de crisis interdependientes a nivel global (Erazo Pantoja, 2015).

Ahora bien, mencionado lo anterior surge la pregunta de ¿cuál es la relación de la educación con la crisis de la cultura moderna? Para responder a esto es necesario partir del entendimiento de que la manera en que se organiza y se desarrolla la civilización moderna, tiene que ver con el dominio de los grupos hegemónicos desde el ámbito de lo económico, a través de la acumulación y la sobreexplotación de la naturaleza, además que, de forma paralela, este desarrollo técnico-científico tiene incidencia en lo social desde el ámbito de la educación (Erazo Pantoja, 2015); es decir, la formación de los individuos es importante porque desde el proceso educativo se garantiza la reproducción del sistema capitalista, donde su función corresponde a preparar los individuos a enfrentarse al mundo, a la realidad práctica. Y como ya se mencionó, con la posición dominante que se ejerce sobre las relaciones de poder y saber, se busca una educación que priorice “reproducir conocimiento –sobre todo técnicos- y no producir saberes, que ayuden a la consolidación de los sectores productivos impuestos por las relaciones coloniales de poder” (Erazo Pantoja, 2015, p. 111).

Entonces en la cultura moderna la educación escolarizada es importante para la formación del individuo, ya que desde temprana edad se imparte un modelo de valores necesarios para la percepción y encuentro con la realidad. Esto es fundamental en la vida social e individual, porque, según cómo sean educadas las personas, bien o mal, se marcará el sentido de la acción social; es decir, siguiendo las ideas de Aristóteles, la educación del ser humano carga con el peso de las

actividades anteriores, pues “los modos de ser surgen de las operaciones semejantes”, porque en el proceso social educativo, en nuestra “actuación en las transacciones con los demás hombres nos hacemos justos o injustos” (Aristóteles, 2003, p. 23-24).

Entendiendo esto debemos ver la importancia de la tecnificación de la educación en las relaciones sociales; que la educación es un proceso recíproco en el cual los individuos forman una conciencia de sí y sobre la realidad externa del mundo que les rodea, que contribuye a tomar decisiones y pensar en las acciones que deben tomar cotidianamente. Es un acto que se presenta no sólo en el ámbito escolar, sino que también sucede en la familia, en el trabajo, en la iglesia, etc. En este caso veamos la educación que reciben las personas a través de los medios de comunicación, con dispositivos tales como internet, radio y/o tv. Puntualmente, el caso de la televisión incide sobre la formación educativa de los individuos en el sentido de que “contribuye, en muchas de sus realizaciones concretas, a difundir ideologías y a orientar de un modo falso la conciencia de las personas que la contemplan” (Adorno, 2014, p. 39), por lo que tiene la capacidad de definir una opinión generalizada frente a determinadas problemáticas y percepciones de la realidad, que por lo general termina siendo una forma deformada.

Así, por ejemplo, cuando el individuo sale de su hogar, y ya alimentado por esa falsa conciencia formada por la televisión, llega a otro espacio de encuentro social, bien sea el trabajo, un espacio religioso, o un simple encuentro con su vecino por la vereda o en el pueblo, va predisposto a incidir sobre sus acciones y su diálogo con las otras personas, bajo la égida de las ideas preconcebidas por la industria cultural y la influencia de la opinión pública y mediática. En ese encuentro con el otro, en una relación recíproca se comunica y se recibe el mensaje que el poder simbólico ha querido mantener estable sobre la realidad y los problemas sociales, dándole validez a una opinión colectiva.

Ahora bien, se plantea que la educación de las personas se da en diversos ámbitos de la vida social, que como ya se vio, en el medio escolar institucional y a través de los medios de comunicación, la cultura va constituyendo un proceso en el cual es fundamental la socialización-comunicación recíproca entre las personas. Paralelo a este proceso de tecnificación y modernización en las relaciones sociales y de producción, hay que tener en cuenta un factor importante en la socialización-educación de las personas que incide en las relaciones de poder y

dominio sobre el saber, como lo es el caso de la religión católica que sigue conservando la dinámica de la una sociedad jerarquizada -en especial en los pueblos agrarios y parroquiales-, pues en la relación recíproca del clero con el feligrés, se comunica por parte del primero sobre el segundo temas de problemas de la actualidad social relacionados a su vez con la estructura de pensamiento religioso y la autoridad divina. Esto teniendo en cuenta que aún pervive una relación jerarquizada de la iglesia católica sobre la población campesina y por ende sobre la conciencia colectiva.

Esta manera en que se desenvuelve la educación de las personas, desde diversos ámbitos de la vida social, desde diferentes espacios de socialización, en el quehacer de la vida cotidiana, ha direccionado el conocimiento y el saber práctico de las personas por la lógica del sistema industrializado que mercantiliza al ser humano y a la naturaleza. Esto ha hecho que no se le preste atención a lo verdaderamente importante, a la preocupación por el conocimiento de la realidad política y social del entorno local y nacional, donde incluso no se llega a cuestionar las implicaciones de los medios y las acciones realizadas cotidianamente en el trabajo y el disfrute de nuestra cultura, que de mantener un estado de ignorancia e intolerancia el desarrollo civilizatorio seguirá expandiéndose con múltiples crisis.

Por eso, el problema central de esta investigación versa sobre la falta de conciencia generada en nuestra cultura, en especial en la población campesina de Ovejas -ubicada en San Pedro de los Milagros, en el altiplano norte antioqueño-, donde se evidencia una serie de relaciones sociales y de producción marcadas fuertemente por el industrialismo, que ha inducido a la cultura campesina a acoplarse a la lógica de la modernización del sistema de producción industrial, tanto del saber práctico como teórico, de lo que hacemos y pensamos. Esto ha llevado al campesino a transformar su entorno en un *desierto verde*, producto de la agroindustria y los monocultivos, sin saber los daños que trae consigo, para la salud humana y para la misma naturaleza. Entonces dicha población se encuentra dentro de un modelo productivo que prioriza sólo la consecución de bienes monetarios, objetiva la idea de un progreso sin ver los costos ambientales que requiere la ejecución de tal modelo. Haciéndose dependiente de los procesos económicos y culturales impulsados por los grupos hegemónicos, que en la medida en que dominan el saber, tienen el poder de perpetuar las ideas que garantizan el movimiento de este sistema en crisis. Esto nos lleva entonces a plantearnos la siguiente pregunta general, ¿cuál es la relación de las modernas formas de

socialización, que educan al campesinado en su vida cotidiana, con la apropiación de la realidad en el marco de la crisis civilizatoria?

Como preguntas específicas: 1) ¿cómo se ha dado el proceso histórico-social de la cultura campesina de Ovejas? 2) ¿de qué manera la modernización ha impactado la cultura en el territorio? 3) ¿Cuál es la percepción y apropiación del campesino sobre el territorio socio-espacial en Ovejas?

1 Objetivos

1.1 Objetivo general

El objetivo general de esta investigación reside en comprender el proceso de formación-educación de la población campesina a través de las diversas formas de socialización en la vida cotidiana.

1.2 Objetivos específicos

Como objetivos específicos se presentan: 1) Indagar acerca del proceso histórico-social de la cultura campesina en Ovejas. 2) Entender la manera en que sucede la formación cultural de los individuos en los diversos espacios de socialización de la vida cotidiana. 3) Analizar el sentido de la cultura moderna respecto a la educación y la crisis civilizatoria.

2 Metodología

Esta investigación se desarrolla siguiendo la línea del enfoque figuracional presentado en los estudios eliasianos del proceso civilizatorio, que a la hora de abordar la realidad se tiene presente lo social y lo individual como dos perspectivas que no se entienden por separado. La explicación de esto deriva de conceptos de figuración social (sociogenético) y habitus (psicogenético). Esta definición del mundo social debe tener en cuenta la reciprocidad de las relaciones de poder, que surgen en la interacción social en la cotidianidad, como un espacio donde se da la apropiación del conocimiento y los saberes por parte de los individuos en una cultura determinada. Esto, como consecuencia permite indagar de forma general sobre el proceso de socialización y educación en la vida cultural de la sociedad moderna que transita la época industrial.

En segundo lugar, para abstraer información del proceso civilizatorio que atañe especialmente a la cultura campesina, se utilizará la entrevista semiestructurada y la observación empírica, que indague lo concerniente a los diversos espacios de socialización-educación de las personas (vida religiosa, familia, trabajo, medios de comunicación) teniendo en cuenta la larga duración y el corto plazo de la vivencia cotidiana de la población campesina.

3 Estado del arte

3.1 La crisis civilizatoria

La modernidad se entiende entonces como aquel proyecto civilizatorio caracterizado por un proceso del cual emerge la sociedad capitalista. Dicha modernidad nace “cuando Europa pudo confrontarse con “el otro” y controlarlo, vencerlo, violentarlo; cuando pudo definirse como un “ego” descubridor, conquistador, colonizador de la alteridad constitutiva de la misma modernidad” (Dussel, 2008, p. 8). Consecuentemente, el mito de la modernidad se centra en que ese encuentro civilizatorio entre Occidente sobre las culturas amerindias, los conquistadores lo consideran como un bien para todos, como algo beneficioso y útil para el sujeto dominado. Allí “se autodefine la propia cultura como superior, más desarrollada”, mientras que la otra cultura se define como inferior, “bárbara, siendo sujeto de una culpable inmadurez” (Dussel, 2008, p. 65). De igual manera, la cultura Occidental que emerge en la modernidad pretende buscar “la salida de la inmadurez por un esfuerzo de la razón como proceso crítico, que abre a la humanidad a un nuevo desarrollo del ser humano” (Dussel, 2000, p. 45-46).

El sistema capitalista comenzó a expandirse hace 500 años por todo el planeta, la violencia, la colonización, la sociedad de mercado y de los propietarios privados fue llegando paulatinamente a los territorios periféricos y las regiones interiores, modificando tanto las técnicas de la producción material como el estilo de vida de las personas. Así, la sociedad moderna globalizada que comienza a emerger a partir de 1492, genera una interdependencia de múltiples esferas de la vida social, en las relaciones sociales, económicas y políticas; la tendencia de las relaciones de poder y saber que se desprenden de la globalización se caracterizan desde una posición dominante de la colonialidad, siendo esta su esencia (Erazo Pantoja, 2015).

Dicho esto, veamos un acercamiento de forma general a lo que algunos académicos e intelectuales han escrito sobre la crisis civilizatoria. Partiendo de la premisa de que nos encontramos en un mundo que se hace cada vez más desigual social y económicamente, en el cual los grupos hegemónicos siguen imponiendo la idea de progreso e impulsando las formas industriales con que se reproduce incesantemente la transformación, producción y consumo dentro de un mundo hecho mercancía, que ha puesto a la ciencia al servicio del poder; donde precisamente

se busca educar a los seres humanos con el fin de que legitimen esencialmente el paradigma economicista sin abogar por un conocimiento sensato sobre la realidad y los problemas que devienen de este proyecto moderno-industrial (Fuentes González, 2017).

Entonces, para poder llegar a comprender la crisis de la civilización, primero es necesario entender la manera en que se organiza y los principios en que se fundamenta el sistema moderno capitalista. Siguiendo de manera general a Josef Estermann (2012) con su crítica al modelo capitalista, se plantean las siguientes premisas concernientes al metarrelato del desarrollo hegemónico en Occidente:

- 1) El *optimismo*, de ver un futuro al que la sociedad puede llegar, mediante el progreso lineal en el tiempo, hacia un paraíso dotado de beneficios materiales (Estermann, 2012).
- 2) La *irreversibilidad* del tiempo y de la historia, es una idea que toma como válido el desarrollo civilizatorio desde una perspectiva fijada con el futuro hacia adelante, dejando el pasado a un lado; de esta manera el progreso es sinónimo de avanzar (Estermann, 2012).
- 3) La *cuantificación* del tiempo y los valores: aquí el desarrollo es equivalente a categorías cuantificables y monetarizadas, inclusive la vida humana cae dentro de este término (Estermann, 2012).
- 4) La *artificialidad* del mundo se ha encargado de convertir lo natural en un simple objeto o mercancía susceptible de ser explotado; así, la vida y el consumo se producen de manera artificial, como si fuesen objetos muertos, que incluso adquieren mayor valor e importancia que la vida y la naturaleza (Estermann, 2012).
- 5) La *naturaleza*, para el proyecto moderno, se convierte en una extensión de la humanidad, para su transformación y servicio en el medio de producción, como una simple materia prima (Estermann, 2012).
- 6) Los *recursos naturales* se convierten en materia prima y bienes de consumo, para ser utilizados y transformados por la mano del hombre, pues este se considera su dueño y destinatario (Estermann, 2012).

7) La *acumulación* de la riqueza es lo que permite medir el progreso de la sociedad, por eso el interés de apostar todo por el progreso para lograr bienes monetarios. Progresar es sinónimo de riqueza (Estermann, 2012).

8) La ciencia y el saber está bajo el dominio de la *racionalidad instrumental*, buscando mediante el desarrollo tecnológico rentabilidad y eficiencia. Pero lo que ha sucedido es que el ser humano no ha tomado la tecnología para mejorar sus problemas, sino que ésta lo esclaviza y lo controla (Estermann, 2012).

9) El *antropocentrismo* y el *androcentrismo* que emergen en la modernidad occidental instrumentaliza la naturaleza y la mujer, estableciendo una relación desigual por esa herencia patriarcal; porque lo masculino es considerado racional y activo, mientras que lo femenino se asocia con la naturaleza y se considera irracional y pasiva (Estermann, 2012).

10) El *economicismo* se presenta como un principio utilizado por Occidente, que en diversas esferas del desarrollo todo lo convierte en el sentido de que todo hay que volverlo una mercancía y un negocio (Estermann, 2012).

Los preceptos anteriores son la tendencia del pensamiento que domina en el proyecto hegemónico cultural impulsado por el modelo civilizatorio del capitalismo, que en la época contemporánea, con su irracionalidad racionalizada, ha entrado en una crisis profunda, manifiesta más expresamente en el sistema financiero-económico, político, social y ecológico; múltiples crisis e interdependientes se interpretan como la crisis civilizatoria, y se cimientan en un solo tipo de racionalidad y sistema de valores pertenecientes “a la civilización occidental dominante de los últimos treientos o cuatrocientos años” (Estermann, 2012, p. 152).

Esta idea de progreso de una sociedad que mira optimista hacia el futuro, gira en la relativización del mundo por el dinero, con el interés de convertir todo en objeto de negocios, es un tipo de racionalidad que no es compatible con una vida digna y armoniosa entre la cultura y la naturaleza, por abogar más bien en hacer de los seres humanos y la naturaleza una simple mercancía, porque impera el antropocentrismo y el economicismo, “sin tomar en cuenta que con la objetivación de la Naturaleza se desnaturaliza el propio ser humano” (Estermann, 2012, p. 155).

Hay que recordar que la crisis civilizatoria, en las múltiples relaciones ya mencionadas tiene que ver con un *patrón civilizatorio* que caracteriza la modernidad occidental, esto puede ser sintetizado como

Antropocéntrico, patriarcal, colonial, clasista, racista y cuyos patrones hegemónicos de conocimiento, su ciencia y su tecnología, lejos de ofrecer respuestas de salida a esta crisis civilizatoria, contribuyen a profundizarla. Estas diversas dimensiones del patrón civilizatorio hegemónico no son de modo alguno independientes una de la otra. Por el contrario, se retroalimentan y refuerzan entre sí. (Lander & Rodríguez, 2019, p. 14)

Y justamente hoy, en pleno siglo XXI nos encontramos en un punto crítico para la naturaleza, una crisis global que amenaza, en un mediano plazo, con la transformación-destrucción de la vida ecosistémica tal como la conocemos.² A esta etapa de la civilización se la denomina el *antropoceno*, que indica la huella marcada por la humanidad en el planeta gracias al consumo desenfrenado de mercancías y productos garantizados por el uso de energía y combustibles fósiles como el carbón y el petróleo, que de una u otra forma facilitan la vida social, el comercio y el consumo en la sociedad capitalista. El antropoceno es definido por José Manuel Gutiérrez (2019) como el periodo en el cual la humanidad, por destacar la superioridad y el dominio del ser humano sobre la naturaleza, deja una huella en el planeta con daños irreversibles producto de la actividad y los desechos de este sistema moderno-industrial, en esta sociedad de consumo; entonces su postura es que dicha imposición de la visión occidentalizada del mundo debe ser cambiada para evitar el colapso social y ambiental.

Desde lo planteado por el activista ecosocialista Michael Löwy (2018), la crisis económica y la crisis ecológica que enfrenta el mundo moderno están interconectadas y se han generado por el sistema que ha transformado en mercancías tanto a los seres humanos como a la naturaleza. Incluso el autor plantea que los mismos gobiernos representativos de este sistema se han venido preocupando más por la crisis financiera que por la crisis ecológica, siendo incluso menospreciada,

² puede que esto no implique la destrucción total de la vida humana sobre el planeta, pero sí será una época de muchos cambios, migraciones y adaptaciones por parte de los grupos humanos; un cambio en las dinámicas de la vida cotidiana y una agudización de las múltiples crisis en la sociedad.

esto a razón de que el principio de la sociedad industrial busca es acumular riquezas monetarias y expandir las relaciones mercantiles (Löwy, 2018).

En este sentido, como producto de la creciente inestabilidad social, de una relación cada vez más irreconciliable de humanidad con la naturaleza, los problemas contemporáneos llegan a una situación tan aguda que los efectos ya se tornan catastróficos, porque, por ejemplo, se ha generado sobre el ecosistema una saturación de desechos de la combustión, que lo único que provoca es una acumulación de gases de efecto invernadero. Esto es emitido de forma general por todo el sistema industrial que funciona a partir de los combustibles fósiles, cuyo efecto se puede ver de manera más general en acontecimientos ya enunciados.

El aumento de la temperatura, la desertificación de sectores enteros de diversos continentes, el aumento del nivel del mar, la desaparición de las ciudades marítimas bajo el océano. Una serie de catástrofes que surgen en el horizonte dentro de -no se sabe- veinte, treinta, cuarenta años, es decir, en un futuro próximo. (...) La estructura del proceso de producción, de la tecnología y del pensamiento científico al servicio de esta tecnología y este sistema de producción está totalmente impregnada por la lógica del capitalismo y conduce inevitablemente a la destrucción de los equilibrios ecológicos del planeta. (Löwy, 2018, p. 61-64)

Y esto tiene que ver en gran medida con el dominio de los grupos culturales hegemónicos de la sociedad moderna-industrial que tiene sobre el conocimiento de las personas, y quienes reciben la educación digieren de manera deformada los saberes aprendidos y proyectados, para poder corresponder con el sentido de un mundo explotador y mercantilista. Por eso es importante situar el papel fundamental que tiene la educación en los individuos porque es lo que permite la materialización del proyecto civilizatorio occidental (Erazo Pantoja, 2015). Y la única manera de lograr una verdadera transformación de los problemas que afronta la humanidad debe ir direccionada a un nuevo proyecto cultural, el cual debe surgir a partir de “una transformación revolucionaria de la sociedad” (Löwy, 2018, p. 67).

Ahora bien, en una entrevista a la filósofa argentina Isabel Rauber (2012), aclara que el momento de la crisis que afronta la civilización entera no se soluciona con un simple cambio del modelo económico, sino que debe abarcar un cambio profundo en la cultura de la humanidad.

Además, que el cambio de vida que se requiere para solucionar y/o transitar hacia una sociedad más humana, en armonía con los demás seres humanos y con la naturaleza, debe fundamentarse en realizar resistencias políticas y procesos sociales tanto en los territorios locales como a nivel global, lo cual implica la participación de toda la humanidad en dichos procesos, haciendo fundamental la apropiación del saber con un sentido crítico (Arellano, 2012).

Y esto no se logra por decretos y decires, sino que se requiere de la construcción de una nueva cultura desde la educación y las costumbres de diferentes capas y grupos sociales. A esto, la filósofa Isabel Rauber (2012) complementa con la idea de que los procesos de resistencia dados en el presente siglo por parte de los movimientos sociales de América Latina que tienen como base la lucha por la vida es una propuesta contraria al modelo actual de producción y acumulación capitalista que propicia la muerte (Arellano, 2012). Es decir que este sistema industrial expresa una contradicción y un antagonismo entre la vida y la muerte, dando pie por demás a la generación de nuevas y múltiples contradicciones en diversos ámbitos de la vida social. Además, Rauber puntualiza que:

El ser humano está tan enajenado que se sigue autoflagelando para responder a las cuestiones que se consideran normales y no se piensa en los cómo y para qué. La humanidad no se va a dar cuenta de todo lo que está pasando: guerras, destrucción de la naturaleza, etc., porque para darse cuenta tendría que tener las herramientas culturales y no las tiene. (Arellano, 2012, párr. 10)

Finalmente, es necesario recalcar la importancia que tiene la educación y la formación de valores sobre la acción y el pensamiento de los sujetos, en la esfera de la vida individual y social, porque en la modernidad la educación recibida a manos de las instituciones transmite un sistema de creencias que representan una crisis de valores, los cuales legitiman un modelo cultural dominante que no es compatible con una sociedad humanista. Esta crisis civilizatoria “se alimenta de la dimensión personal que se expresa en el contexto de las interacciones sociales, y se ancla en el universo perceptivo y actitudinal de los sujetos” (Pozzoli, 2017, p. 400).

La educación entonces debe ser constituida como un arma que propicie la liberación de los sistemas sociales, esto es, autonomía en los procesos productivos y la organización y construcción de modelos endógenos alternativos al desarrollo, teniendo en cuenta las

necesidades locales, tanto para la vida, como de producción y consumo. La educación formaría así, uno de los pilares estructurales para la consolidación económico-social de los Estados, que como se ha hecho referencia, ha estado bajo el yugo de necesidades impuestas por mercados, en otras palabras, necesidades impuestas por países perpetradores de los procesos de colonialidad (del poder y del saber). (Erazo Pantoja, 2015, p. 122)

4 Marco conceptual

El proceso civilizatorio será explicado desde una mirada figuracional que permita llegar a la idea de una apropiación socioespacial de la realidad, donde se parte de dos perspectivas para entender la estructura de las relaciones sociales de forma recíproca, entre la figuración social y el *habitus*; seguidamente el proceso de reproducción de la cultura tiene como premisa que la existencia social se desdobra en dos fases, la del trabajo y la del disfrute, esto en relación intrínseca con producir, consumir y transformar la naturaleza por parte del ser humano. En el desarrollo de la civilización se da de forma paralela el proceso de tecnificación, que son las mejorías de las condiciones de vida de los individuos en su proceso de reproducción. Todo lo cual requiere de considerar las relaciones de poder como parte de la dinámica del proceso civilizatorio, un punto clave donde se define el sentido del proceso recíproco de una figuración particular y el *habitus* social.

En primer lugar, el mundo social se explica desde la reciprocidad entre la larga historia y las costumbres marcadas en la cotidianidad, que en el proceso social marca épocas de cambios y continuidades (Elías, 1987). Esto se explica desde dos puntos de vista, la *figuración social* y el *habitus*; el primero corresponde a la perspectiva sociogenética que es donde se organizan las estructuras que se definen en la larga historia, y el segundo concierne a una perspectiva psicogenética, que designa la manera en que los individuos desde las costumbres socializan e incorporan los elementos de su identidad (Elías, 2014; Guerra, 2010).

Es decir, la sociedad se entiende a partir de la relación intrínseca entre las estructuras sociales y las estructuras individuales; donde las tendencias sociales inciden sobre el aspecto de la socialización y formación de las costumbres de un individuo, y a su vez los hábitos de un individuo inciden sobre la estructuración de una figuración social particular. Ambas esferas del mundo social se relacionan entre sí en tal medida que “un cambio tal de las estructuras de la personalidad, sin embargo, puede considerarse, con razón, como un aspecto del devenir de las estructuras sociales.” (Elías, 1987, p. 16).

La primer dimensión, el *habitus*, que compete a una perspectiva psicogenética, donde los individuos a lo largo de su vida, en los espacios cotidianos de socialización -familia, trabajo, iglesia

y medios de comunicación-, en la interacción recíproca con los demás y de generación en generación, configuran una personalidad a partir de incorporar un determinado conocimiento vivencial y saber sobre la realidad, ponen en juego sus intereses y dan sentido a las acciones que caracterizan el grupo social al que pertenecen.

Respecto a esto, Enrique Guerra dice que “el habitus social se manifiesta en los cánones de conducta y los sentimientos individuales, cuyos modelos se transforman en el transcurso de las generaciones y expresan las disposiciones compartidas por los miembros de una sociedad o una unidad de pertenencia” (Guerra, 2010, p. 394). Por ende, debemos ir más allá y agregar que la identidad de los individuos no es solamente su percepción e interacción con los demás, sino que también tiene que ver, en la larga historia, con la apropiación del espacio físico que habita; éste se da a través de la designación de un valor de forma simbólica e instrumental, sobre un entorno delimitado geográficamente y socialmente, siendo así el espacio la materia prima del territorio (Giménez, 2000).

La apropiación espacial del territorio implica la designación y combinación de “dimensiones y contenidos a partir de un punto imaginario” (Giménez, 2000, p. 90), que tiene que ver con “un sistema de esquemas incorporados y adquiridos en el curso de la historia universal, funciona en la práctica y para la práctica” (Bourdieu, citado por Guerra, 2010, p. 391); es decir que en la larga historia, de generación en generación, se transmiten los valores de la identidad y una visión del mundo que definen una población que habita y transforma un territorio determinado.

La segunda dimensión para entender el mundo social, la perspectiva sociogenética, concierne a la *figuración social*, en la cual se configura un tejido de tensiones en las relaciones intersubjetivas, a modo de una metáfora de juego donde las personas en su reciprocidad conforman una totalidad (Elías, 2014). Es esencial entonces “la interdependencia de los jugadores, que es la premisa para que constituyan entre sí una figuración específica, es no sólo su interdependencia como aliados sino también como adversarios” (Elías, 2014, p. 124). Este término de la figuración social también es explicado por Bourdieu como un *campo social*, un espacio de juego donde los agentes invierten sus fines e intereses (capital simbólico), cuyas relaciones de fuerza permiten transformar o conservar el sentido de la acción social (Bourdieu, 2002).

Y a la hora de abordar un campo social se requiere tener en cuenta: 1) analizar el campo como un espacio de lucha, creación y/o participación por la legitimidad o el poder; 2) tener en cuenta una estructura general de las posiciones que ocupan los agentes y sus correspondientes relaciones de participación, creación o pugna por el poder; y 3) analizar el habitus de los agentes, teniendo en cuenta sus disposiciones interiorizadas desde ciertas condiciones sociales y económicas (Guerra, 2010).

Es importante considerar que el mundo de la vida social no corresponde a un fenómeno estático e invariable, ni a un caos que existe por sí solo sino más bien que se relaciona con un orden de tipo específico. Está en la naturaleza humana el cambio evolutivo, el cual explica la capacidad que tienen los individuos para agenciar el cambio (o conservarlo), determinar el sentido sobre las normas y las formas de su convivencia social, a la par que adquiere cierto conocimiento adapta su conducta en relación con una época (Elías, 2014). Así, la dirección y el contenido de la cultura, expresado en los espacios de socialización, deviene de las correlaciones de poder que surgen de la reciprocidad de los actores que convergen en un territorio delimitado, en una figuración social particular.

Así, la relación del individuo con el entorno que cohabita, es donde se desarrolla históricamente tanto la personalidad de los individuos como un aspecto objetivado de la cultura moderna del proceso de civilización; este desarrollo individual y social implica a su vez una relación de apropiación simbólica y transformación de la naturaleza, que tiene como consecuencia la transformación del ser humano y su cultura. Esto tiene que ver con una relación “de anterioridad con respecto al territorio, se caracterizaría por su valor de uso y podría representarse como un campo de posibles, como nuestra posición originaria” (Giménez, 2000, p. 90-91).

El territorio sería el resultado de la apropiación y valorización del espacio mediante la representación y el trabajo, una “producción” a partir del espacio inscrita en el campo del poder, por las relaciones que pone en juego, y en cuanto tal se caracterizaría por su valor de cambio y podría representarse metafóricamente como “la prisión que nos hemos fabricado para nosotros mismos”. En resumen, serían tres los ingredientes primordiales de todo territorio: la apropiación de un espacio, el poder y la frontera. (Giménez, 2000, p. 91)

La organización social y espacial del territorio, en primera instancia, se determina de una manera instrumental, mediante las relaciones económicas, sociales y políticas de cada sociedad, pero no puede ser reducido a esto, se debe ir más allá y comprender el territorio como el lugar atravesado por los hechos simbólicos que proyectan los actores sociales, a partir de su concepción del mundo y de la realidad (Giménez, 2000).

Por eso el territorio puede ser considerado como zona de refugio, como medio de subsistencia, como fuente de recursos, como área geopolíticamente estratégica, como circunscripción político-administrativa, etc.; pero también como paisaje, como belleza natural, como entorno ecológico privilegiado, como objeto de apego afectivo, como tierra natal, como lugar de inscripción de un pasado histórico y de una memoria colectiva y, en fin, como geosímbolo. (Giménez, 2000, p. 93)

El geosímbolo es una construcción cultural que se hace sobre un objeto, un grupo o un proceso, sobre los cuales se crea una representación como símbolo de la pertenencia territorial de ese grupo sobre el objeto, el cual, a su vez, es integrado al sistema cultural y se expresa mediante el lenguaje. Tiene un carácter subjetivo, y, como tal, no obedece a las formas geométricas del espacio ni a las divisiones políticas-administrativas del espacio, así este último pretenda normativizarlo. (Zambrano, 2014, p. 59)

Las prácticas sociales y la concepción simbólica de la cultura deben ser entendidas desde lo *simbólico-expresivo*; es decir, tener en cuenta “la matriz subjetiva (*habitus*) y los productos materializados en forma de instituciones o artefactos (...) Es el conjunto de signos, símbolos, representaciones, modelos, actitudes, valores, etc., inherentes a la vida social” (Giménez, 2000, p. 98).

Añadido a lo anterior, es necesario tener en cuenta tres aspectos para acercarse a los hechos culturales: 1) *la cultura como comunicación*: como un sistema simbólico y práctico que se relaciona con el sistema semiótico; 2) *la cultura como stock de conocimientos*: los conocimientos adquiridos desde la ciencia, las creencias y el conocimiento práctico; 3) *la cultura como visión del mundo*: donde se percibe la realidad social, producto de un sistema de valores que permite interpretar el mundo y dar sentido a la acción (Giménez, 2000, p. 98-99).

Esta síntesis delimita la capacidad creadora e innovadora de la colectividad, su facultad de adaptación y su voluntad de intervenir sobre sí misma y sobre su entorno. En resumen: la cultura hace existir una colectividad en la medida en que constituye su memoria, contribuye a cohesionar sus actores y permite legitimar sus acciones. Lo que equivale a decir que la cultura es a la vez socialmente determinada y determinante, a la vez estructurada y estructurante. (Giménez, 2000, p. 99)

En segundo lugar, a la hora de definir la cultura se debe tomar en cuenta el concepto de “poder”. Se toma distancia de la postura de que el poder es como un objeto inmóvil y aislado del efecto de la convergencia inter subjetiva, se entiende más bien el poder como la expresión de

Una relación entre dos o más hombres o tal vez incluso entre hombres y objetos naturales, a que el poder es un atributo de relaciones y que como mejor se puede utilizar es con referencia a cambios de poder más o menos fluctuantes (Elías, 2014, p. 109)

La dinámica del poder fluctúa entre las diversas relaciones y espacios de socialización donde se da una pugna por la legitimidad y el reconocimiento de una manera de ver y entender el mundo, la realidad social; incluso de forma intergeneracional se puede decir que el poder varía sus correlaciones de fuerza, por la participación diferenciada en los espacios de socialización pero que comparten ideas en común (Elías, 1987).

El habitus y la figuración social deben ser entendidos en la práctica como un espacio de realización del individuo que adquiere sentido más allá de la simple interacción cotidiana con los demás, que debe tener como base la relación al territorio socio-espacial, y en la medida en que este es habitado implica tanto su apropiación como su transformación. Nos centraremos en la participación y la interacción en la organización política en la comunidad, que como seres sociales que integran diversos grupos sociales dan un sentido a la cultura, en lo práctico y lo simbólico.

Esto como un marco general, para entender que en una parte de la cultura se desenvuelve el proyecto de autorrealización de los individuos, como seres sociales que se apropian de la realidad de manera simbólica y práctica, donde la puesta en juego de los intereses particulares y la apropiación de los medios de socialización permiten dar el sentido a la figuración particular. Entonces entender la modernidad requiere de considerar el aspecto simbólico y práctico de la

participación y la organización política de los individuos en el espacio social que habitan (Echeverría, 2010).

La relación entre teoría y política, que sale de las ideas de Bolívar Echeverría (2010) –desde una postura de la revolución teórica-, tiene como premisa “la libertad comprometida con la vida concreta” (p.13); el asunto de la libertad indica que el ser humano está en la capacidad de “asumir las determinaciones correspondientes a su existencia. La libertad es en tanto su fin es la solidaridad” (Echeverría, 2010, p. 12). Esto quiere decir que el ser humano para resolver sus necesidades de existencia, materiales y simbólicas, debe corresponder en un asunto político donde su libertad le permite pensar lo que necesita según sea su proyecto socio político, que es a su vez pensar un proyecto en comunidad.

Luego de haber visto la dinámica del proceso civilizatorio, que parte de la reciprocidad entre el habitus y la figuración social, la apropiación simbólica y práctica de la realidad se debe tener en cuenta que el territorio socio-espacial requiere de la participación política de los individuos en su comunidad. Esto porque la vida en el mundo social se cimienta en la libertad del individuo, ya que el ser humano al ser un animal libre y un animal político se encuentra en la capacidad de definir sus necesidades y la manera de satisfacerlas (Echeverría, 2010).

En tercer lugar, el proceso de reproducción de la cultura, desde la existencia social que se configura en la relación del ser humano con la naturaleza, es de forma recíproca, porque “la vida humana, la existencia social, consiste en una especie de “diálogo” que la naturaleza mantiene con una parte de sí misma que se ha autonomizado frente a ella” (Echeverría, 2010, p. 47). Y este encuentro con la naturaleza implica una constante reproducción basada en “la producción y el consumo de determinados bienes que saca de ella. Lleva a cabo transformaciones en la naturaleza y vive de ellas” (Echeverría, 2010, p. 47). Es decir que la existencia del sujeto en el proceso de reproducción “se desdobra en dos fases, la del trabajo y la del disfrute” (Echeverría, 2010, p. 51).

Entonces el sujeto en su fase productiva se caracteriza por unas predisposiciones físicas que le permiten transformar la naturaleza que le rodea, a través de la actividad del trabajo; lo que va incidir a su vez, que, como sujeto en su fase de disfrute, adquiera unas necesidades de consumo, ordenadas a partir “de la apertura de su naturaleza interior a la acción complementaria que ella detecta proveniente de la naturaleza exterior” (Echeverría, 2010, p. 52). Y para mantener dicha

reproducción social, más allá de satisfacer sus necesidades físico-biológicas, se mantiene la vida social “en términos políticos o (de alguna manera) metafísicos” (Echeverría, 2010, p. 55).

La realidad social está constituida por el conjunto de los individuos sociales insertos en las relaciones de producción y de consumo, “en ese entretejido de relaciones de convivencia marcado por el acoplamiento del sistema de las capacidades de la actividad con el de necesidades de disfrute. Dentro de esta red que podríamos llamar de relaciones sociales de convivencia se ubicaría la identidad de cada uno de los sujetos sociales” (Echeverría, 2010, p. 56).

De esta manera, la reproducción social mediante el trabajo indica una proyección del sujeto a partir de la identidad que ha configurado en el entramado recíproco de sus relaciones sociales; entonces el trabajo implica determinados propósitos, que para lograrlos utiliza particularmente los medios tecnificados que tiene a su disposición. Siendo así que “en el producto no encontramos solamente un determinado resultado operativo de la acción de un hecho natural sobre otro; en él se encuentra además el resultado de una proyección del sujeto.” (Echeverría, 2010, p. 56).

La reproducción del proceso social, del trabajo y del disfrute, genera en los sujetos una identidad, que en primera instancia “consiste en la realización de determinados fines productivos, en la elaboración de determinados objetos, los medios de su reproducción.” (Echeverría, 2010, p. 57), generando una dinámica en la identidad del individuo que se convierte a su vez en la identidad de los individuos sociales organizados en comunidad (Echeverría, 2010).

Así, las relaciones de poder en el mundo moderno están estructuradas como una sociedad de propietarios privados, unos dueños del capital otros de la fuerza de trabajo, los seres humanos se mueven por el mundo como simples mercancías, legitimidad que es lograda por la imposición de un discurso ideológico de la industria y el mercado, que busca eliminar “la libertad como hecho constitutivo de la condición humana, reduciéndolo a lo que en ella hay de mera necesidad u objetividad” (Echeverría, 2010, p. 38-39).

Esto quiere decir que hay que tener en cuenta el quehacer de todos los días, desarrollado en una diversidad de relaciones y encuentros intersubjetivos, que es donde se entreteje la sociedad, en los procesos sociales y comunicativos presentes en la vida cotidiana. Puesto que el proceso civilizatorio de la sociedad moderna-industrial se ha caracterizado por un proceso de revolución

cultural, largo y profundo, que ha determinado la destrucción, el sometimiento y la imposición identitaria, de las dinámicas de los grupos hegemónicos de la cultura occidental sobre las culturas tradicionales y populares (Echeverría, 2010).

La modernidad capitalista ha intentado sistemáticamente, con embates cada vez más consistentes y extendidos, cerrarle el paso a la comunidad humana para obligarla a abdicar del ejercicio directo de la función política. En el lugar de la tradicional mediación religiosa, que mantenía secuestrada la función política, ha puesto otra mediación: la de una voluntad “cósica” que se genera espontáneamente en la circulación capitalista de la riqueza mercantil. Es una historia que ha intentado hacer de la comunidad humana un mero objeto, es decir reducirla al modo de existencia que es propio de la mano de obra de los trabajadores, de una cosa que se compra y se vende en el mercado capitalista. (Echeverría, 2010, p. 38)

Este ir y venir entre la estructura de convivencia social y las costumbres se encuentra relacionada con una tecnificación en las diferentes esferas de la vida social, producto de un conocimiento acumulado y aplicado con el fin de mejorar las condiciones de vida de una población en relación a una época pasada; y este desarrollo dado en el largo plazo es un proceso no planeado pero que en la cotidianidad expresa la racionalización de los intereses de los individuos como agentes de la cultura (Elías, 1987). Entonces la tendencia de una figuración social, configurada en el largo plazo es incorporada por los individuos en su vida cotidiana, siendo así este un proceso recíproco en el que “las personas realizan la tecnificación de ciertos aspectos de su vida social y están marcados sucesivamente por este proceso” (Elías, 1987, p. 237).

Entendido esto, la manera en que se desenvuelven las relaciones sociales y de producción, en la búsqueda de los sujetos para su realización como ser social y la intrínseca formación de su personalidad, implica la apropiación simbólica de elementos socio-espaciales donde el individuo en su vivencia (a través de su vida religiosa, la familia, el trabajo, los medios de comunicación) del día a día, se encuentra rodeado de un entorno específico, con la naturaleza, con artefactos, que le permite interactuar con otros individuos, siendo más dinámicas las relaciones, porque la materialización de la cultura en la civilización capitalista ha convertido en hecho esencial la

comunicación y las relaciones políticas, que es donde se marca el sentido colectivo de la acción, articulado a un estilo de vida característico de la sociedad industrial y capitalista.

En la sociedad moderna capitalista, con la industrialización y tecnificación de los procesos productivos, se permite dinamizar, en el sentido mecánico, mercantil y consumista, el constante encuentro recíproco entre los individuos, influenciando la forma en que se desarrolla la vida individual y social, es decir la cultura, puesto que el hacer y el pensar deben ser compatibles con una personalidad acorde al movimiento del capitalismo en su correspondiente proceso cultural. Esto sucede fundamentalmente en el marco de una civilización cuya modernidad ha devenido “en una sociedad autonomizada e independiente de los hombres a partir de las relaciones existentes entre ellos”, marcando su recorrido histórico por el camino que lleva a la “la entrada de la humanidad en lo inhumano” (Adorno, 2001, p. 12).

Pero la apropiación no sucede solamente de esta manera, sino que también, por ese mismo proceso de tecnificación logrado por la sociedad, hay una relación con el contenido de un espacio más amplio que el territorio delimitado físicamente (se incluye región-nación-mundo), que está interconectado de manera virtual-digital, en el que específicamente las personas siguen apropiándose de la realidad determinada por las redes sociales y la televisión, donde se refuerza la opinión pública que mantendrá vigente las relaciones de poder relevantes de los grupos que pugnan por la legitimidad en la cultura moderna, tanto de los sucesos de la vida cotidiana en el territorio local como en el panorama de la vida nacional.

Entre esto, un hecho relevante que ha marcado, en su forma total, la sociedad capitalista, regida por los principios de la economía y el mercado, es el grado de interdependencia de las relaciones sociales logrado por el principio del intercambio y la relativización del dinero, pues este se presenta como un principio requerido para la mediación social contemporánea; necesariamente las relaciones se someten a este principio “a menos que quieran sucumbir”, esto último sucede independientemente de si la acción se rige o no por la búsqueda del beneficio (Adorno, 2001, p. 13). Respecto a esto el autor puntualiza que “sólo a través de la búsqueda del beneficio y de la fractura inmanente al conjunto de la sociedad sigue funcionando hasta hoy, rechinante, quejumbrosa, con indescriptibles sacrificios, la máquina social” (Adorno, 2001, p. 14).

En el proceso de socialización que constituye el desarrollo de la cultura en la sociedad moderna capitalista, el predominio de las relaciones sociales y de producción se caracteriza por la interdependencia recíproca de los individuos asociados entre sí, que en el trasegar histórico-social institucionalizan una forma de la cultura, en un constante ir y venir entre el individuo y aquella instancia social que conforma. Este proceso global de la modernización “refuerza necesariamente las tendencias totalitarias del orden social, la adaptación política a la socialización total.” (Adorno, 2001, p. 15).

5 Análisis

5.1 Figuración social y habitus de la cultura campesina en Ovejas

“La historia es el prólogo del presente” es un principio que involucra dos conceptos fundamentales: la necesidad de conocer y analizar bien el pasado para poder comprender el presente, y así poder tomar acciones para conducirlo hacia un futuro mejor (Raúl Aguilar).

Inicialmente se describe desde el *largo plazo* la dinámica de poblamiento y las consecutivas prácticas cotidianas del campesinado y los otros actores sociales con los que cohabita en el territorio sampedreño, que se han ido constituyendo paralelo a la tecnificación de las relaciones sociales y de producción, permitiendo entender el desarrollo de la civilización en su figuración particular.

La estructura de las relaciones sociales en la modernidad ha sido marcada por el dominio que ejercen unos grupos sociales sobre otros, con el fin de legitimar el conocimiento que hace parte de una cultura que legitima el ideal de progreso a partir del beneficio monetario y personal, el poder que ejercen estos grupos en la sociedad colombiana les ha permitido mantener los privilegios económicos y sociales, cuya estrategia es no garantizar que los grupos dominados tengan acceso a una íntegra educación, que brinde acceso a la información y el conocimiento de los problemas y la realidad del país.

En el territorio sampedreño, en la larga historia, especialmente hasta mediados del siglo XX, se presentó un modelo social basado en el dominio de la hacienda y la iglesia católica, que impregnaron la cultura con unos valores patriarcales, machistas, de respeto y lealtad hacia la figura de dios y el patrón. Es decir, en este caso específico no nos encontramos con grupos sociales en una “lucha de clases”, sino que se presenta un entramado de juego donde los agentes que participan y han ostentado el poder encuentran legitimidad en un grupo diferente de su proyecto cultural, como lo es el campesinado, para hacerles creer y apropiarse de una realidad en la que no existen los problemas estructurales, un pensamiento que mantiene un status quo.

Luego, con la modernización de los procesos técnicos y productivos en el territorio, con la industria, la relativización del dinero y los medios de comunicación, dados especialmente a partir de la década de los 70, el *habitus* y las prácticas cotidianas se comienzan a transformar; y especialmente hay que decir que el hacendado como una figura de poder se va transformar hacia una clase empresarial que, con la tecnificación de los procesos, seguirá velando por mantener sus condiciones y privilegios de un proyecto capitalista.

Con la tecnificación, por un lado, de manera positiva se evidencian mejorías en la calidad de vida, por lograr un mejor acceso a nuevos bienes y servicios, donde se puede optimizar el acceso a la información, los rendimientos en desplazamiento y el trabajo, que, por ejemplo, son facilitados por el hecho de abrir una carretera, tener energía eléctrica, tuberías para acueductos, fábricas, vehículos a motor, radio, televisión, internet etc.; y por otro lado, en sentido negativo se evidencia un declive en las relaciones del individuo con su sociedad y con la naturaleza, con una mayor explotación de los individuos y la naturaleza, que unos por mantener sus beneficios particulares contribuyeron a profundizar la ignorancia y la intolerancia, valores que aquejan o representan la particularidad de la cultura colombiana.

Todo lo cual terminará incidiendo sobre la construcción social de una comunidad políticamente desentendida de los problemas reales que aquejan el territorio constituido histórica y socialmente, que, percibido en el corto plazo, ha devenido en un *desconocimiento del conocimiento* que explica en gran medida el rumbo que toma hoy la sociedad por la senda de una crisis civilizatoria.

5.2 Historia y dinámica de poblamiento del territorio

Hacia mediados del siglo XVI, con la llegada de los colonizadores españoles al territorio habitado por los indígenas Nutabes, fue notorio el arribo de una sociedad en expansión, en la que se aplicó un trato indiscriminado de sometimiento y saqueo, que llevó algunos al exterminio, la esclavitud y/o el desplazamiento a otras regiones; con lo que paulatinamente se fue colonizando el territorio con las nuevas prácticas y tradiciones socioculturales de Occidente, además es una época en la que se marcó tajantemente un proyecto conquistador, cuya condición social era basada en los ideales del dogma católico y cristiano.

Desde entonces, quienes han habitado históricamente los pueblos ubicados en las montañas del centro de los Andes colombianos, que pertenecen a un sujeto histórico: el campesinado, se caracteriza por un mestizaje cultural que “tiene sus raíces en el encuentro carnal de la madre india y el conquistador español” y en “las tradiciones hispánicas, negras e indígenas, que se halla en las antípodas de la racionalidad moderna”, y se expresa fundamentalmente en una cultura oral y colectiva que reivindica el ritual y el sentido mítico de la vida (Castro-Gómez, 1996, p. 50-51).

En dicha época colonial esta zona del norte antioqueño se destacaba por los yacimientos de oro, cuya forma de explotación inicialmente fue mediante el uso de cuadrillas de negros esclavos, situación que duró por lo menos un siglo. Luego, con la liberación de esclavos, que fueron instaurándose en caseríos y rancherías en ciertos puntos geográficos, en la región se consolidaron también colonos, mineros y pequeños mineros, que incluso emigraron de otras partes de Antioquia (Correa, 2010); y aunque la minería “aparecía como la actividad principal, era necesario el uso de otras labores, tales como la agricultura y la ganadería, para asegurar la manutención de la cuadrilla de esclavos y sus mineros” (González, 2004, p. 170).

El territorio en el que hoy está ubicado San Pedro de los Milagros, en el siglo XVII, más exactamente para el año 1624, se implantaron buscadores de oro en San Juan y Riochico donde formaron pequeñas rancherías, comenzando a figurar como caserío, por cuanto era ya de alguna consideración el número de colonos y negros que trabajaban en las minas con mucho éxito. La población de San Pedro fue fundada en terrenos de propiedad de los señores Andrés Pérez, Francisco de Angulo y Esteban Guerra. (Alcaldía San Pedro de los Milagros, s.f., párr. 3)

Con el transcurso de las primeras décadas del siglo XVIII, algunos colonizadores fueron a integrarse a las pequeñas comunidades que trabajaban en Riochico, Riogrande, San Juan, San Pedro y Ovejas. Ya para mediados de dicho siglo, San Pedro fue elevado a partido por el Gobernador de Antioquia José Varón de Chaves en 1757 y como primer Alcalde pedáneo a Don José Luis de Rojo. Para el año siguiente fue creada la parroquia de San Pedro un 16 de enero de 1758. (Alcaldía San Pedro de los Milagros, s.f., párr. 5)

Dos décadas después, en lo que respecta al hecho simbólico, mítico e histórico para la cultura sampedreña es que

En el año de 1774 Jesucristo se manifiesta en esta pequeña población, por medio de un crucifijo, que recibió el nombre de la venida de El señor de los Milagros (...) para el año de 1786 el oidor de la provincia de Antioquia Don Juan Antonio Mon y Velarde, hace reunir las casas en torno a la iglesia parroquial para empezar a formar el poblado el cual fue elevado a la categoría de Distrito Municipal en 1813 (Alcaldía San Pedro de los Milagros, s.f., párr. 7).

Y hacia finales del siglo XVIII, con los ya mencionados procesos de colonización y poblamiento, se plantea entonces la necesidad de fundar parroquias; como lo manifiesta el gobernador de Antioquia Francisco Silvestre en 1784, que destaca “la necesidad de que los vecinos del sitio de San Pedro se acercaran a la iglesia, para que de este modo se poblase el lugar, se civilizase la gente, y se administrara mejor la justicia” (González, 2004, p. 170). Incluso, para esta misma época, uno de los requisitos en aquellas zonas de trabajo era que los dueños debían “construir capillas y tener curas doctrineros, de esta manera se construyeron las parroquias de: Ovejas, Río Chico, Petacas, La Miel, San Jacinto y los Minerales de San Juan en el sector” (Tisnés, L., 1889).

Un siglo después, hacia finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, con base a la determinación de lo que fue en esa época la *Comunidad de Ovejas* (ver figura 1), se puede constatar la manera en que se organizó la población campesina en términos socio-espaciales, en el sentido de que,

Usted le compraba a alguien un pedazo de tierra o se lo daban, cogía lo que necesitara según si iba a sembrar o las vacas que tuviera; deme que fuera algo así como socio de la comunidad. En esa época la gente no se hizo grandes fincas porque no le veía como futuro a eso, entonces fueron vendiendo un buen pedazo de la comunidad de Ovejas. Llegó el señor Ramón Builes, le fue comprando al uno y al otro, así hicieron ellos una finca grande. (Rodríguez, L., comunicación personal, 2018)

Así mismo se puede ver en el mapa (figura 1) de la época la hacienda de Lisandro Velásquez, que de las 400 cuadras poseía 320, mientras que las 80 cuadras restantes corresponden para los otros 10 propietarios, entre ellos de apellidos Pérez, Rodríguez, Restrepo, Rúa, Muñoz (de los cuales descenden una parte de las familias campesinas que aun perduran), tierras que

generalmente fueron conseguidas por herencia familiar. Por observación se puede decir que históricamente se destaca la lealtad del campesino sobre aquel hacendado, con su figura de poder y de respeto, al ser el patrón el que brinda el trabajo que los campesinos buscan cuando dependen del jornal fuera de su parcela.

figura 1

*Partición de la Comunidad de Ovejas. Distrito de San Pedro*³



Consecuentemente, el trabajo en dicha localidad para la época era primordialmente la extracción de carbón de la madera “porque aquí no había más nada, eran tierras poco productivas”. Inclusive, “aquellos que poseían una huerta, el abono consistía en una mezcla del mismo carbón, con hojarasca y helecho traído del monte; esto daba para sembrar, si mucho, unas poquitas eras de papa, ahí como para gastar” (Rodríguez, L., comunicación personal, 2018).

³ Fuente: <https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll13/id/320>

Hasta mediados del siglo XX la actividad productiva del carbón doméstico sacado de la madera, que era comercializado en Bello, fue una fuente principal de ingresos para los campesinos; allí también se comenzó a vender leche, quesos y arepas de maíz; pues en esa época en el campo se vivía de pequeñas huertas y de la leche que le daban sus tres o cuatro vacas. Y con tales ingresos se compraba el mercado y las cosas faltantes para el hogar (Rodríguez, L., comunicación personal, 2018). Sin embargo, la situación agrícola fue mejorando, pues el campesino se preocupaba por sembrar más. El trabajo era de forma familiar en la propia parcela, también ayudándole al vecino a cambio de productos de la cosecha. Ya era más notoria la producción de cultivos y tener ganado lechero en compañía con otros campesinos; incluso en Ovejas los fines de semana se solía encontrar una plaza de mercado campesino (Rodríguez, L., comunicación personal, 2018). Esto evidencia entonces el arraigo del campesino por la tierra y el trabajo de forma solidaria y colectiva, como parte de la identidad campesina, integrándose incluso a la red de una economía local.

De igual manera el campesino también era jornalero en las haciendas arrancando papa u ordeñando, tal es el caso de la hacienda Malabar, propiedad de la familia Velásquez (ver figura 1), que en ese entonces requería de 10 a 12 ordeñadores a mano. Además, era importante comenzar con el cultivo de papa, porque ésta se sembraba para acabar con la maleza, el helecho y el espartillo; y luego de ese cultivo era más accesible cultivar pastos y así comenzar con una mayor producción lechera (Villa, M., comunicación personal, 2018).

Seguidamente, en la década de los sesenta se percibe un creciente interés en aumentar la producción agrícola en San Pedro. Hay un primer intento de modernizar el campo, como ya se veía cierta motivación del campesino por sembrar la tierra, producir más papa y leche, esto llevó a incentivar el consumo de abonos a bajo costo, gracias al subsidio del gobierno mediante la Caja Agraria –hecho que fue significativo pero que sólo estuvo presente unos cuantos años- y las acciones del ministerio de Agricultura, en donde trabajó el agrónomo y empresario José Sierra, quien tenía una finca en los llanos de Ovejas. Una de las acciones de este agrónomo fue promover e incentivar la siembra de pinos y eucaliptos, porque -según desde su perspectiva- son árboles que cumplen la función de secar los suelos, y al restarle la debida humedad pueden ser más productivos (Rodríguez, L., comunicación personal, 2018).

5.3 Socialización y vida campesina

La estructura social colombiana ha estado marcada, desde finales del siglo XIX hasta finales del siglo XX, por la hacienda como el ‘modelo social integrador’, en cuya red de relaciones de poder convergen la hacienda, la iglesia católica y el Estado. Es una época en la que el proyecto político, económico y administrativo de la Regeneración, “a nombre del orden consolidó la represión”, y fue fundamental a la hora de “la utilización de la ideología y la reorganización de los aparatos ideológicos del Estado, que fueron entregados a la Iglesia Católica para su manipulación” (Jaramillo, 1998, p. 49).

Asimismo, con el proyecto del Concordato se financió y se dio privilegio a los clérigos, a quienes se les encomendó la “socialización cultural del país”, poniendo a su disposición “la inspección general de la enseñanza y haciendo obligatoria la instrucción católica en colegios, escuelas y universidades”, lo cual “garantizó, por generaciones, la reproducción del modelo hacendario de lealtades y de dominación social” (Jaramillo, 1998, p. 50).

Este agente socializador se encarga de reproducir y extender “las racionalizaciones que legitiman y hacen viable ese modelo de poder, condicionando cada uno de los actos individuales y colectivos y dando un perfil característico al grupo cultural entero” (Jaramillo, 1998, p. 51-52). En este territorio ha prevalecido la figura del patriarcado como una forma histórica de dominación social, tal como se evidencia en el papel de la mujer campesina, que ha sido dedicarse a las labores del hogar y al trabajo familiar, “por ejemplo, así mi mamá y yo quisiéramos hacer una huerta no podemos porque es lo que mi papá diga.” (García, L., comunicación personal, 2021).

Otra de las prácticas de arraigo de la moral y las costumbres de la tradición católica, que ha caracterizado al campesinado en esta zona, y que ha sido significativo durante el siglo XX, es el hecho de cuando

Andaban de casa en casa por las veredas en la romería del Señor de los Milagros, no es como ahora a una casa por vereda. Antes si era de mucha gente, en esas partes hacían remates de gallinas, la comida para la gente, había gente todo el día andando y sin almorzar,

llegaba por la noche y esos remates de gallina, eso era lo mejor. Esa era la tradición. (Rodríguez, L., comunicación personal, 2018).

Siendo este un espacio en el cual se refuerzan las relaciones recíprocas que tiene el cura con los feligreses y del campesinado entre sí.

Comenzando la década de los setenta, se destaca en el campesinado de Ovejas la organización y participación comunitaria, porque ya había un grupo o convite organizado para trabajar en la realización del acueducto, que implicaba construir una bocatoma desde la cordillera e instalar tuberías hasta el pueblo, siendo esto un proceso tecnificado que permitió a las personas acceder al agua desde su propia casa porque sin el acueducto las personas debían cargar el agua en baldes desde la quebrada.

Ante esto, en la capilla de Ovejas se celebraban misas cada ocho días, por un cura que venía directamente desde San Pedro, su posición de poder frente a los feligreses es tal que estaba opuesto a los propósitos de la comunidad, por tanto, decía, sin mucho optimismo, que primero subía el agua de la quebrada hasta el pueblo que la gente realizara el acueducto. Y cuando el convite realizó la construcción del acueducto, en Ovejas se presenció una fiesta que duró una semana entera. Así, era notoria la participación de las personas en los convites para realizar trabajos en la comunidad, pero esta integración va a comenzar a cambiar porque la gente perdió el sentido del trabajo solidario y colectivo, dejaron de participar en comunidad ya que la gente decía que para qué trabajar si no había dinero de por medio (Villa, M., comunicación personal, 2018).

Seguidamente, en este territorio también sucedía una tecnificación en las relaciones de producción, con la llegada de Colanta con su fábrica de procesamiento de leche a San Pedro, justamente en el año 1975, obteniendo el monopolio en la producción lechera, por encima de otras empresas de la época, como Proleche, San Martín e Induleche, a las que tenían que llevar la leche hasta Medellín (Villa, M., comunicación personal, 2018). Entonces con esta llegada de la empresa Colanta, los campesinos vieron con buenos ojos la iniciativa, porque se comenzó a promocionar que necesitaban leche, lo cual impulsó a la gente a conseguir ganado de mayor calidad. Ahí fue cuando en la hacienda de los Velásquez, por acción de Antonio Velásquez, comenzaron a traer de los Estados Unidos semen y ganado, que fue el precedente de una ganadería de buena leche en la región del norte antioqueño (Rodríguez, L., comunicación personal, 2018).

Y entonces eso que fue llamado la “revolución verde” a cambio de la idea de progreso y la mirada economicista de la realidad transformó el territorio en un “desierto verde”. El agronegocio estimuló un circuito económico entre las empresas y los campesinos mediante la producción lechera, donde la mayoría de los productores se dedicaron fue a la ganadería por tener mejores ganancias que la agricultura de hortalizas. Provocó una pérdida de la soberanía alimentaria y se pasó a una dependencia del mercado respecto a los alimentos que consumen, que el campesino sembraba normalmente.

En términos productivos la gente comenzó a asociar las buenas relaciones económicas, la buena retribución de dinero, con la idea de progreso, porque garantiza cierta estabilidad en el negocio de la lechería, el campesino le vende a Colanta y este la procesa para su distribución. Las relaciones del campesino con la empresa fueron buenas en el sentido del crédito, porque les permitió entablar lechería a bajo interés; aunque realmente el mayor beneficio económico fue para las haciendas porque producían más leche.

Y el pequeño productor sigue ahí, en este momento, medio comiendo. Ordeña tres, cuatro, cinco vacas, por una costumbre, y no quiere dejar esa costumbre; pero eso no le da nada, no le da la comida como se dice. Una persona de esas tiene que jornaliar, o hacer otra cosa, otra entrada de ingresos, porque con eso no vive, y no quiere dejar eso, porque parece que muere de hambre y no tiene de qué vivir si deja eso. (Rodríguez, L., comunicación personal, 2018)

Los campesinos, sin embargo, son cultivadores cuyos excedentes son transferidos a grupos dominantes que los utilizan en dos sentidos: para asegurar su propio standard de vida y para distribuir el resto a grupos de la sociedad que no cultivan, pero que deben ser alimentados, a cambio de sus bienes específicos y sus servicios (Wolf, E., citado por Krantz, 1977, p. 90)

A pesar de que el “salario” que obtiene está generalmente por debajo del promedio de la renta de la tierra, y a veces por debajo del promedio del capital variable. En realidad, desde un punto de vista social, el campesino produce con un constante déficit en comparación con la empresa capitalista (Krantz, 1977, p. 93).

Es necesario entender esta sobreexplotación con la que carga el campesino en términos económicos y políticos, puesto que en el desarrollo de la industrialización en el territorio se presenta “una combinación del modo capitalista dependiente de producción con un modo mercantil simple (el campesino)” (Krantz, 1977, p. 95).

Y la articulación de estos dos modos de producción al interior del territorio, encuentra en las figuras de poder local un intermediario político, que permite mantener una estructura de relaciones de poder donde descansan los intereses y la representación colectiva; “los de la comunidad, tiende a ser desintegrada, individualizada en favor de una sola persona o grupo de personas, que son los promotores de la penetración capitalista en la comunidad. El resultado es una centralización del poder político y la eliminación de la participación popular en la vida política de la comunidad (Paré, L. citada por Krantz, 1977, p. 96).

Este sujeto rural lo podemos identificar como un grupo social a partir del reconocimiento de la idea que, “desde un punto de vista económico, el campesinado constituye una clase, aunque desde un punto de vista político, el campesinado rara vez actúa como una clase en oposición a otros segmentos de la sociedad” (Krantz, 1977, p. 97). Por ejemplo, mediante observación, la evidencia de esto es que la iglesia católica sigue manteniendo unas relaciones de poder sobre el campesinado en términos de que logra hacerle tomar decisiones de carácter político que en realidad poco le trae beneficios; se relata que en las últimas elecciones presidenciales un cura de la vereda San Juan, en plena misa dijo que, en las votaciones de segunda vuelta, entre Iván Duque y Gustavo Petro, la gente debía “votar por quien su conciencia le induque”.

Ya vimos cómo el proceso civilizatorio ha devenido en un impacto positivo en el desarrollo de las relaciones sociales y productivas en el campo, mejoramiento en las redes de comunicación, haciendo un mundo más accesible y relativizado por el dinero. Y de forma paralela hay un impacto negativo porque este proceso tecnificado ha sido aprovechado por los grupos hegemónicos para seguir instrumentalizando los procesos de producción material y simbólica de la sociedad.

Este desarrollo moderno que tiene que ver con la tecnificación de ciertos aspectos de la vida social, desde cierto punto de vista marca un retroceso, puesto que en sentido negativo las personas se encaminan dentro de sus grupos por un proceso de descivilización (Elías, 1987). Una de las cualidades figurativas de la sociedad industrial es una inseguridad en el sentido de la creación y

percepción estética, porque “se pierde la seguridad del gusto y de la fantasía creadora. Las creaciones nuevas carecen de gusto” (Elías, 1987, p. 62-63).

Seguidamente, una descripción más precisa del campesinado en la vida industrial:

Que en su prisa por dirigir, controlar y ordenar geoméricamente los espacios para la producción de alimentos, también ha degenerado en formas del ser humano, congruentes con esas mismas prácticas que divorcian, desplazan y disciplinan la biodiversidad de la Tierra. Es decir, podría pensarse que no solamente estamos habitando un planeta cada vez más pobre, homogéneo, desacralizado y desértico, sino que el antiguo y originario agricultor –en una acepción real y metafórica de la condición humana- también se ha transformado en algo parecido a lo que realiza durante la actividad del monocultivo: una persona cada vez más uniformada, aislada, solitaria, desconfiada y competitiva (Giraldo, 2013, p. 96)

Por último, veamos el papel de los medios de comunicación en la socialización de los individuos; por un lado, es positivo el logro de ampliar la red de relaciones y el acceso a la información por parte de los individuos, y, por otra parte, con la llegada de la televisión se comienza a dar una relación más amplia con los otros grupos en las dinámicas de poder, a nivel regional y nacional. Es decir que la opinión colectiva se refuerza a favor de los grupos hegemónicos, ya que con el fácil acceso a los programas de noticias y entretenimiento se refuerza el autoritarismo.

La televisión es un instrumento que refleja la realidad del mundo social, donde a través de la imagen se transmite una opresión simbólica, pues el mero hecho de estar frente a un televisor implica recibir el mensaje de ciertos grupos de poder político y económico, que no se manifiestan directamente, y quien tiene el dominio sobre los medios de producción incide sobre los medios de comunicación, ejerciendo un monopolio sobre la formación de las mentes (Bourdieu, 1997).

Los grupos económicos al ser dueños de cadenas de televisión condicionan que es lo que se dice. Se presenta una censura invisible donde no hay autonomía, por eso la gente es llevada en un proceso de autocensura, y se “ocultan los mecanismos anónimos, invisibles, a través de los cuales se ejercen las censuras de todo orden que hacen que la televisión sea un colosal instrumento del orden simbólico” (Bourdieu, 1997, p. 20).

Un mecanismo de dominación es la violencia simbólica que ofrece la televisión sobre las personas, donde se moldea un ambiente de normalidad ocultando los problemas estructurales, relatando sucesos de una prensa sensacionalista con elementos de distracción como drama, crimen, sangre, sexo, etc., desviando la atención de lo esencial mostrando escándalos irrelevantes (Bourdieu, 1997). Y la importancia de las noticias radica en que “se encarga de ocultar las cosas valiosas” (...) “se dejan de lado las noticias pertinentes que debería conocer el ciudadano para ejercer sus derechos democráticos” (Bourdieu, 1997, p. 23).

El campesinado no ha sido ajeno a esta dinámica de poder, han moldeado la realidad de tal manera que los sucesos más importantes, son los crímenes que ocurren en la región, generando un sentido de culpa por las víctimas del suceso, desconociendo otros temas de importancia como la política, que se mira más bien de forma imperceptible y sin importancia (Giraldo, L. y Osorio, R., comunicación personal, 2021).

5.4 Formación cultural y crisis civilizatoria

Hemos visto como el proceso histórico de la cultura moderna ha devenido en una crisis civilizatoria, esto porque las relaciones de poder con tendencia hacia la desigualdad, del ser humano entre sí mismo y con la naturaleza, se encuentran en un grado de explotación evidenciando unas condiciones deplorables para un íntegra reproducción material y simbólica de la sociedad.

Una de las principales causas de estas problemáticas estructurales, en el contexto de la sociedad colombiana, radica en un modelo educativo el cual ha sido administrado por los grupos que hegemónicamente mantienen un proyecto cultural capitalista. Entonces la interacción social y recíproca, de forma jerarquizada y desigual, infunde sobre los grupos sociales valores carentes de tolerancia e interés por el conocimiento, lo que ha mantenido sumida a la población en un estado de ignorancia e intolerancia.

De hecho, en las veredas las condiciones de acceso a la educación para la población campesina, de las personas que estudiaban 40 años solo realizaban grados de primaria, y era una educación bastante marcada por preceptos religiosos. Desde hace treinta años las personas se

formaban hasta grados de bachillerato, y desde comienzo del presente siglo se ha brindado acceso a estudios técnicos. Este acceso a la información y a la educación tiene que ver con una tecnificación de las relaciones sociales y de producción en el proceso civilizatorio.

Entonces las personas más adultas tuvieron acceso a muy pocos grados de formación, mientras que los adultos lograron acceder al bachillerato y algunas técnicas, y los jóvenes ya tienen la posibilidad de estudiar hasta técnicas y carreras profesionales. Este acceso a la formación también tiene que ver con el manejo de los dispositivos tecnológicos, lo cual implica mayor posibilidad de acceder más información.

Pero este proceso de tecnificación no implica que las personas logren un nivel de discernimiento tal que permita utilizar a su favor la formación lograda, sino más bien que la educación en la cultura moderna está pensada en formar para trabajar. Esto se puede ver reflejado en la situación de muchos jóvenes de familias campesinas que culminan sus estudios técnicos en el municipio y las prácticas y la oferta laboral se reduce a trabajar en empresas de la zona, como sucede comúnmente en la industria de Colanta.

Es decir, una educación que sirve para dominar porque a quienes no se le garantizó históricamente la formación son proclives a entrar en estado de ignorancia, especialmente de las causas y efectos de los problemas de la realidad; tal como sucede en la zona donde hay quienes saben que *el mismo ser humano a acabó con la naturaleza*, comportándose como un individuo que frente a los problemas del cambio climático no hay manera de realizar un cambio en las acciones porque “eso ya lo cambiará mi dios” (Osorio, R., comunicación personal, 2021).

Incluso las personas más jóvenes, que tienen acceso a las redes sociales y la internet, tienen una amplia percepción de las problemáticas, como asuntos coyunturales de economía, de la situación de la producción lechera en la región y asuntos internacionales, como la afectación de los tratados de libre comercio a los lecheros, y las problemáticas estatales de gobernabilidad y corrupción (Rodríguez, J., comunicación personal, 2021).

Pero no hay un interés real de preocupación y participación en la política, pues incluso a nivel local la organización en la comunidad está desintegrada por la percepción de que “Ese sentido de lo colectivo se ha opacado porque los dineros que llegan a la Junta para hacer obras de bien

común comienzan a coger otros rumbos, prestándose para la corrupción (Osorio, R., comunicación personal, 2021), “y peleas entre la misma comunidad, como le pasó a mi papá, que recogimos una plata en este lado para arreglar la carretera y se le entregó a la Junta, y allá se robaron parte de esa plata; eso fue hace cuatro años, desde eso no volvimos a lidiar con eso, son más los problemas que se buscan” (García, L., comunicación personal, 2021).

Además, la socialización y la formación de los ciudadanos en la cultura colombiana ha sido enfocada con el nulo interés de dar a conocer la historia de Colombia, la memoria colectiva donde se encarnan todos los problemas y los conflictos vividos históricamente, que demuestran la violencia y la exclusión, como parte de un proceso de desarrollo cultural orientado por un proceso des-civilizatorio, donde a pesar de la gravedad de los hechos se niega o minimiza lo ocurrido. Esto se dice, como comparación, en relación con lo que plantea Theodor Adorno, en su texto “Emancipación para la educación” escrito en 1970, en el contexto alemán, cuando se refiere al olvido de la memoria histórica y de las víctimas sobre la violencia de la Segunda Guerra Mundial (Adorno, 2014).

Con esto de no reconocer la memoria histórica colectiva tiene que ver la creación de una culpa colectiva en la nación, pues es evidente

Que en relación con el pasado laten muchos elementos neuróticos: gestos de defensa allí donde no se ha sido atacado; intensas pasiones en lugares que apenas las justifican realmente; falta de afección por lo más serio; no pocas veces incluso pura y simplemente represión de lo sabido y semisabido. (Adorno, 2014, p. 7)

Estos hechos de violencia simbólica por parte de los grupos hegemónicos son opacados mediáticamente por el acceso y uso de la televisión, como los programas de noticias que lo que hacen es ocultar la realidad con lo excepcional, que sale de lo común desde la cotidianidad, usando elementos de distracción sensacionalista como la sangre, el sexo, el drama y el crimen (Bourdieu, 1997). “Esto incide en la movilización social, generando ideas o representaciones, como hechos que pueden despertar sentimientos, intensos, negativos generalmente” (Bourdieu, 1997, p. 28).

Esta es una forma antidemocrática porque en medio de la ignorancia, del “desconocimiento del conocimiento”, no se permite y no se comprende la importancia y la necesidad del crecimiento

de diferentes proyectos socioculturales, generando más bien una desintegración de la participación y organización comunitaria en su sentido político, lo que se traduce en una pérdida de la identidad. Es decir, estamos frente a un modelo educativo que prepara individuos aptos para ser parte del juego de la red de relaciones capitalistas, donde no se cuestiona, sino que se legitima los métodos y los dispositivos de reproducción de la cultura en la época industrial.

El campesinado en la esfera de socialización y formación que se da en el trabajo ha logrado una tecnificación en provecho por lo que avances tecnológicos para la producción lechera le permite optimizar el tiempo y la fuerza de trabajo, aunque con la ganadería el campesino se ha vuelto esclavo de su labor puesto que una máquina disminuye la fuerza de trabajo reduce también la mano de obra de trabajadores en una finca. Así mismo, el campesinado ha logrado optimizar las rentas económicas; pero el perjuicio sobre la agricultura y la naturaleza, del cual son conscientes, son los problemas que se derivan del uso de los agrotóxicos (Rodríguez, J. y Osorio, R., comunicación personal, 2021).

Vea, si uno no le tira esos agroquímicos usted no tiene nada, porque ya la tierra se enseñó al químico y a la fumigación. Si usted no abona ni baña no tiene nada, y si usted abona y no baña tampoco hay pasto, si le crece, pero hay mismo la plaga se lo come. Eso perjudica a los que compran el producto, están comiendo puro químico. Uno perjudica a mucha gente con eso. (Osorio, R., comunicación personal, 2021)

Y al preguntar sobre el por qué no se evita hacer este tipo de acciones biocidas, en la respuesta se deduce que esto se realiza porque prima el bien monetario por encima del bien de la naturaleza y la salud de las personas.

“Mire usted, hoy le echa una papa al almuerzo y eso no sabe a papa. En cambio, en tiempo antiguo cuando no se fumigaba la papa, usted hacía un almuerzo de papa y gozaba porque eso si sabía a papa” (Villa, M., comunicación personal, 2018). Pues incluso como productores de alimentos son conscientes del daño que les hacen a las demás personas, pero no es suficiente para generar una inquietud sobre dicho proceso que se lleva a cabo diariamente en las acciones cotidianas de su trabajo.

En el trabajo, recientemente, desde comienzo del siglo XXI, se ha dado una tecnificación en la producción lechera, y es que se ha hecho la necesidad de que tener tanques de refrigeración de leche a dónde va y recoge el carrotanque para llevar la leche fría hasta las plantas de procesamiento, en vez de llevar la leche en las tradicionales canecas de leche, dando mejorías en la calidad de la misma. Pero de este proceso tecnificado se observa un problema generalizado en la población campesina; y es que, entre vecinos, en compañía, tienen que comprar un tanque de refrigeración de leche, porque las condiciones económicas no permiten a muchos tener un tanque propio. Y así entre todos son copropietarios y usuarios del tanque, entonces lo que sucede, por ejemplo, es que entre seis usuarios ingresan la leche y son revisados por los técnicos de Colanta para el control de calidad; ante esto resulta que hay quienes quieren sacar mayor beneficio o hacerle mal al otro, por lo que echan la leche sucia y rinden su leche con agua, y los afectados van a ser todos los copropietarios del tanque (Rodríguez, G., comunicación personal, 2021).

6 Conclusiones

Como se ha visto, el problema de la educación en la modernidad, a pesar de los avances positivos en el proceso civilizatorio con nuevos dispositivos y tecnificación en las relaciones sociales y de producción, que permite mejorar el acceso a la formación-educación, también se ha prestado para que los grupos hegemónicos ejerzan poder, mediante la instrumentalización de la educación para decidir sobre los hábitos y las costumbres de las personas, dando sentido a la cultura dentro de los lineamientos del proyecto capitalista.

Hay que tener en cuenta entonces que en el desarrollo de la cultura es esencial la educación de las personas, y este se halla inmerso en la práctica de la vida cotidiana, en el encuentro recíproco dado a través de las relaciones que se han constituido en la larga historia y de generación en generación; y hablar de educación no es sólo mencionar el proceso que se da a través de la educación escolar, sino que se encuentra anclado también en las vivencias de la familia, en el trabajo, lo que se interactúa con los medios de comunicación (internet y televisión) y los preceptos de la vida religiosa.

Por ello, las correlaciones de fuerza dadas en estas diversas formas de socialización, construye el sentido de la cultura respecto a la forma histórica y vivencial en que se representan las relaciones del ser humano entre sí mismo y frente a la naturaleza. Tejiendo un entramado de relaciones sociales que han devenido en la pérdida de la identidad del individuo frente al grupo social al que pertenece. El individuo moderno representa una desintegración en la organización y participación de la política, no es un animal político preocupado por la esencia de su entorno social y ecológico que lo constituye como individuo y sociedad. Por ello se debe hablar de cambiar el sentido de las costumbres y las vivencias cotidianas para cambiar el sentido de la educación en la cultura moderna, y el cambio de las problemáticas actuales requiere de partir de un asunto educativo y de formación-integración política.

7 Referencias

- Adorno, T. (2001). *Epistemología y ciencias sociales*. Ediciones cátedra Gupo Anaya.
- Adorno, T. (2014). *Educación para la emancipación: Conferencias y conversaciones con Hellmut Becker (1959-1969)*. Editor digital Vladimiro.
- Alcaldía San Pedro de los Milagros. (2022). *Municipio San Pedro de Los Milagros*. Obtenido de Pasado, presente y futuro.
- Arellano, F. (2012). *Rebelión*. Obtenido de Entrevista con la filósofa argentina Isabel Rauber, Otro mundo es posible: <https://bit.ly/3sLkmRo>
- Aristóteles. (2003). Ética a Nicómaco. En G. Rivas Moreno, *Conformismo o democracia* (págs. 22-33). Fundación para la investigación y la cultura.
- Bourdieu, P. (1997). *Sobre la televisión*. Anagrama.
- Bourdieu, P. (2002). *Lección sobre la lección*. Anagrama.
- Correa, J. S. (2010). Poblamiento en la provincia de Antioquia (Nueva Granada) en los siglos XVI y XVII. *Revista de Letras*.
- Dussel, E. (2000). Europa, modernidad y eurocentrismo. En E. Lander, *La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).
- Dussel, E. (2008). *1492: El encubrimiento del otro. Hacia el origen del mito de la modernidad*. Biblioteca Indígena.
- Echeverría, B. (2010). *Definición de la cultura*. Fondo de Cultura Económica, Editorial Itaca.
- Elias, N. (1987). *El proceso de civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Fondo de Cultura Económica.
- Elias, N. (2014). *Sociología fundamental*. Editor digital: diegoan.
- Erazo Pantoja, V. J., & Erazo Pantoja, L. M. (2015). Modernidad, desarrollo y educación: De las causas de lo civilizatorio hacia la crisis civilizatoria. *TENDENCIAS Revista de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas*, XVI(1), 99-124. doi:<https://doi.org/10.22267/rtend.151601.35>
- Estermann, J. (2012). Crisis civilizatoria y Vivir Bien: Una crítica filosófica del modelo capitalista desde allin kawsay/suma gamaña andino. *Polis*, XI(33), 149-174.

- Forbes. (2018). *Forbes México*. Obtenido de En 40 años la humanidad exterminó al 60% de los animales en la tierra: <https://bit.ly/2z1mDwp>
- Fuentes González, J. A. (2017). *Sobre la crisis civilizatoria y las alternativas: de la industrialización de la vida a un pluriverso de realidad*. Universidad Pablo de Olavide.
- Giménez, G. (2000). Territorio, cultura e identidades. La región sociocultural. En J. M. Barbero, F. López de la Roche, & A. Robledo, *Cultura y región* (págs. 87-132). Ces, Universidad Nacional, Ministerio de Cultura.
- Giraldo, O. (2013). Hacia una ontología de la Agri-cultura en perspectiva del pensamiento ambiental. *Polis, Revista Latinoamericana*, XII(34), 95-115.
- González Jaramillo, J. M. (2004). Poblamiento y colonización del Valle de los Osos. Provincia de Antioquia. *Historia y sociedad*(10), 163-182.
- Grosfoguel, R. (2016). Caos sistémico, crisis civilizatoria y proyectos descoloniales: pensar más allá del proceso civilizatorio de la modernidad/colonialidad. *Tábula Rasa*(25), 153-174.
- Guerra Manzo, E. (2010). Las teorías sociológicas de Pierre Bourdieu y Norbert Elias: los conceptos de campo social y habitus. *Estudios Sociológicos*, XXVIII(83), 383-409. Obtenido de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=59820673003>
- Gutiérrez Bastida, J. M. (enero-junio de 2019). Antropoceno: Tiempo para la ética ecosocial y la educación eco-ciudadana. *RES, Revista de Educación Social*(28).
- Jaramillo Vélez, R. (1998). *Colombia: la modernidad postergada*. Argumentos Gerardo Rivas.
- Jaramillo Vélez, R. (s.f.). La moral de la iglesia y los partidos políticos frente a la crisis del Estado. En M. Rujana Quintero, *Filosofía del derecho: Ética, cultura y constitución*. Ediciones Jurídicas Gustavo Ibañez.
- Krantz, L. (1977). El campesino como concepto analítico. *Revista Nueva Antropología*, II(6), 87-98.
- Lander, E., & Rodríguez, S. A. (2019). *Crisis civilizatoria: Experiencias de los gobiernos progresistas y debates en la izquierda latinoamericana*. Bielefeld University Press. doi:<https://doi.org/10.2307/j.ctv2f9xst6>
- Lowy, M. (2018). Crisis ecológica, crisis capitalista, crisis civilizatoria: la alternativa ecosocialista. *Revista Razón y Revolución*(29), 59-69.

Pozzoli, M. T. (2017). La acción de sujetos complejos hacia un nuevo humanismo en contextos de crisis civilizatoria. *Revista Educación y Humanismo*, XIX(33), 398-408. Obtenido de <http://dx.doi.org/10.17081/eduhum.19.33.2652>

Tisnés, L. (1889). *Partición de la comunidad de Ovejas. Distrito de San Pedro*. Biblioteca virtual Banco de la República. Obtenido de: <https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll13/id/320>

Wallerstein, I. (2011). El debate en torno a la economía política del moderno sistema mundial. *Mundo Siglo XXI, Revista del CIECAS-IPN*, VI(24), 5-12.

Zambrano Barrera, C. A. (2017). Aproximación a la construcción de la ciudad a partir de los geosímbolos. *Anekumene*(8), 55-62.